

ra qué? El mayor premio que le esperaba tal vez fuera un elogio filosófico de algún gacetillero naturalista.

Si yo alabo con tal entusiasmo la última novela de Pereda, es sin intención oculta, es porque la creo muy buena.



TRIBUNALES

SALA DE LO CRIMINAL EN VERSO

PRESIDENTE.—¿Confiesa el acusado llamarse
D. ***?

Acusado.—¡Aún tiemblo de placer! Tiemblo de miedo
de haber besado su inocente boca (1).

P.—A eso vamos. ¿Confiesa V. haber dado muerte á una chica, quiero decir, á una virgen de pocos años?

A.—¡Mi beso la mató! ¡Perdón, Dios mío!
Fué de mi amor el último tributo.

P.—¿Qué circunstancias alega el acusado que puedan atenuar su delito?

A.—¡La amaba tanto...! El corazón henchido
de angustia, de inquietud, de luto y pena...

(1) Los versos se han publicado en Madrid. El nombre del autor nos obliga á suprimirlo en las pruebas una razón poderosa.

P.—¡Vaya una razón de pie de banco! El amor no es una circunstancia atenuante. ¡Si fueran los celos! Pero V. no tendría celos?

A.—No, señor; esos los tengo en otra composición que dice á la letra...

P.—¡Silencio! no acumulemos los procesos; yo sólo entiendo en este homicidio en cuartetos. Pero vamos á cuentas. Dice el acusado que tenía el corazón henchido de luto.

Abogado fiscal.—Hago notar á la Sala la falsedad notoria de las declaraciones que hace el acusado; dice que tenía el corazón henchido de luto, y eso no puede ser, porque el luto no hincha, excelentísimo señor.

P.—El estado de exaltación del acusado que su defensor hace valer, ¿en qué consiste?

A.—Como á la altiva, poderosa palma...

P.—Nada de comparaciones palmípedas, al grano...

A.—Así se anonadó la mente mía,
y cegaron mis ojos aturridos...

Abogado fiscal.—Protesto contra el aturdimiento de los ojos... La vista se turba, se desvanece, se pierde, pero no se aturde.....

A.—Para llorar después, y tristemente
recordar con espanto mi fortuna;
desgraciado, frenético, demente...

Abogado fiscal.—¡Contradicción! El acusado dice

quellora, y antes ha dicho: «¡Quiero llorar, pero llorar no puedo!» ¿En qué quedamos, señor presidente?

P.—Basta de conversación. Al grano; cuente el acusado la historia del crimen. A ver cómo fué eso.

A.—Corre, caballo, corre, que la noche
es á cada momento más oscura;
la luna luminosa el áureo coche
desciñe á su eternal cabalgadura...

P.—Suplico al acusado que se explique con más claridad; ¿dónde se ha visto un coche que se descieñe á una cabalgadura, y además dígame V. á la luna que se apee, y pregúntela para qué le sirve el coche yendo á caballo? Siga V.

A.—El silencio en las cumbres adormido
las pardas nubes del espacio asombra...

P.—Las pardas nubes no tienen por qué asombrarse del silencio dormido en las cumbres, y haga usted el favor de bajar á tierra firme y cantar claro...

A.—Corre, caballo, corre...

P.—Caballero, ese caballo va á reventar; póngale V. á un prudente paso de mula...

A.— ... Que me espera
el ángel que á mi mente le da vida...

P.—¿Ha dicho V. á mi mente?

A.—Sí, señor, mente.

P.—¡Bueno, bueno! Allá V.

A.—Esas las torres son de su morada,
y las ojivas de su regia alcoba...

P.—¿En qué quedamos? ¿Son torres ó son ojivas?

A.—Son las ojivas de su regia alcoba...

P.—¿Cómo regia? ¡Se trata de una reina! ¡Un regicidio!

—No, señor, es un decir...

El fiero bruto entre las sombras cae
rendido de fatiga y sin aliento...
mientras la muerte con temor me trae
su triste adiós en el ligero viento.

P.—¿El adiós del fiero bruto? Pero V. ¿á quién ha dado muerte? ¿A una doncella ó á una jaca?

A.—¡Mi beso la mató! ¡Perdón, Dios mío!

P.—Está V. perdonado, hombre.

Abogado fiscal.—¿Cómo perdonado? Protesto en nombre de los santos fueros de la justicia.

P.—Pero si este señor no ha matado á nadie... si es irresponsable...

Abogado fiscal.—No importa; protesto entonces en nombre de los fueros de las Nueve Musas...

P.—Eso es otra cosa. Condenado el Sr. *** á ripo perpetuo.

A.—(Delirando.) Corre, caballo, corre, que delira la mente loca...

P.—Pero ¿qué caballo es ese?

Apolo.—Es Pegaso, que le va á echar por las orejas.



LOS SEÑORES DE CASABIERTA

PERO estos señores de Casabierta no tienen vida privada!

Así se explica lo que le sucedió con ellos á D. Eufrasio Paleólogo, Presidente del Casino de Villapidiendo, gran lector de periódicos y elector nato del señor de Casabierta, candidato nato también á la Diputación de Villapidiendo.

Pues señor, vino á Madrid Paleólogo á unos asuntos del común, ó del procomún, como él cree que se dice; y claro, en seguida, es decir, en cuanto se dejó dar lustre á las botas en la Puerta del Sol, junto al Imperial, se dirigió á casa del señor de Casabierta.

¡Entró!—El señor no está...—Ya, ya lo sé; pero de seguro está la señora.—Caballero, ¿V. qué sabe?—Hombre, sepa V. que trata con una persona ilustrada que lee los periódicos y tiene colec-